RECUERDO DE NÁPOLES Y POMPEYA.

I

CONSAGRADAS estas breves líneas á avivar uno de los más agradables recuerdos de nuestra vida, no intentamos describir en ellas toda las bellezas que encierra la antigua *Parthenope*, ni dar á nuestros lectores noticias estadísticas que á mano encontrarán en cualquier diccionario geográfico ó guía del viajero; y menos todavía, detenernos en consideraciones políticas acerca del estado actual del nuevo Reino de Italia; que á tanto no llegan ni nuestros alientos ni nuestras pretensiones. Queremos solamente hacer participar á nuestros lectores de las impresiones gratísimas que experimentamos al desembar-

car en Nápoles el 7 de Mayo de 1888, consignando aquí nuestros recuerdos personales.

Fué para nosotros un doble motivo de placer el llegar á la ciudad por la parte del mar, pues si bien todos los viajeros pueden embarcarse y se embarcan de ordinario, para contemplar desde la bahía el hermoso espectáculo que la ciudad ofrece á sus miradas, las impresiones que entonces reciben, vienen ya debilitadas por todas las anteriores; mientras que para el que descubre por primera vez la ciudad de Nápoles, desde la cubierta de un navío, que le ha servido de morada durante los días tediosos de la navegación, todo es sorprendente, todo es admirable. Al placer que causa siempre el saltar á tierra, sobre todo si la navegación ha sido larga y penosa, se une el de admirar uno de los más hermosos espectáculos que es dado contemplar. Es opinión común de los viajeros, que la bahía de Nápoles, sólo puede compararse en hermosura á la bahía de Constantinopla.

Habiendo tenido á la vista todo el día seis las costas de Cerdeña, en las cuales descubríamos una cordillera de montañas más ó menos elevadas, pero desnudas de vegetación, el día siete pasamos cerca de la poética *Ischia* y más tarde llegamos á percibir la

célebre *Capri*, presentándose poco después á nuestra vista la majestuosa mole del Vesubio.

Es esta como todos saben, una montaña de forma cónica, desnuda de vegetación, de color sombrío, que se eleva á una altura de 1,200 á 1,300 metros sobre el nivel del mar Cuando la contemplamos por primera vez, al llegar á Nápoles en una hermosa tarde de Mayo, sirviendo de límite por el S. E al arco que la ciudad describe, un tenue penacho de humo salía de su cráter, semejando á la ligera nubecilla que se escapa de un inmenso vaso funerario. En la noche la vimos arrojar algunas llamaradas cárdenas y azuladas.

No es fácil describir la impresión que causa en el ánimo la contemplación de aquel magnífico panorama La ciudad, que se extiende en forma de anfiteatro tendida en la falda de hermosas y verdes colinas, en un espacio de veinticuatro kilómetros, comprendiendo los pueblos que la rodean y que casi han llegado á confundirse con ella, desde *Pozzilipo* hasta *Castellamare*, presentáse á la vista asombrada del viajero, como uno de esos cuadros encantadores que difícilmente se borran de la memoria. Jardines, preciosas arboledas, colinas cubiertas de verdura, á cuyos pies se miran agrupadas formando una extensa línea y en vasta gra-

dería, casas de campo, palacios y templos magníficos, sirviendo de remate á este cuadro las alturas que circundan el mar, entre las cuales se distingue, por un lado, la colina en que está asentado el castillo de San Telmo, cerca de la Cartuja de San Martín, y por otro la que ocupa el sitio real de Capo di Monti; y al pie, las aguas siempre tranquilas de aquella bahía, más azules que las demás azuladas aguas del Mediterráneo. Siéntese placer tan vivo y tan intenso que desearía uno prolongarlo indefinidamente, sin tener que ocuparse de los preparativos del desembarco; y apenas si puede el viajero defenderse del verdadero asalto que los bateleros y *fachinos* dan al buque, trepando con admirable agilidad la escala, agrupándose sobre cubierta y metiéndose en los camarotes, á pesar de las prohibiciones del capitán, para apoderarse á viva fuerza del inexperto viajero, de sus baúles y maletas, hasta llevarlo casi en peso á su barca, ufanándose de ello cada uno de aquellos solícitos y nada desinteresados servidores cuando lo ha logrado; y todo esto en medio de atronadora vocería, de gritos y de juramentos, de risas y puñetazos.

Una escena semejante á la que acabamos de describir puso término á nuestro arrobamiento, cuando sin sentirlo y sin tiempo

para protestar, nos vimos transladados á una ligera barca, surcando la bahía, y después de enojosas discusioness con los empleados de la aduana, nos entregamos, juntamente con nuestro equipuje, á la discreta solicitud de un calesero que nos llevó por su propia voluntad, porque no tuvimos tiempo de indicarle nuestras intenciones, ¿á donde? A uno de los más hermosos barrios de Napoles, al *Hotel Royal des étrangers*, situado á las orillas del mar, en el barrio de *Santa Lucía*. Debemos advertir á nuestros lectores, que siendo Nápoles la primera ciudad europea que visitábamos, pues en Gibraltar sólo estuvimos unas cuantas horas, todo nos sorprendía, y carecíamos, además, de la pericia que distingue á los *turistas* y que sólo se adquiere después de viajes repetidos.

Las indicaciones de nuestro *Manual*, se borraron como por encanto de nuestra memoria el placer tan vivo que nos había causado la contemplación serena y tranquila de la ciudad desde la cubierta del buque, se trocó en una sensación de estupor y aturdimiento, al vernos arrastrados, contra nuestra voluntad, por aquel inmenso torbellino que formaban todos los pasajeros que acababan de embarcar, considerablemente aumentado con las voces de los empleados de la *Villa* desde los gritos de los bateleros y con gente rica

la multitud de curiosos que estorbaban nuestro paso y aturdían nuestros oídos. Confesamos ingenuamente que estos primeros momentos de nuestra llegada á Nápoles fueron harto desagradables para nosotros, que á cada paso temíamos ver desaparecer de entre tantas manos nuestro exiguo equipaje, encontrándonos, además, separados de nuestros compañeros.

El hotel donde la casualidad nos llevó á hospedarnos, si no puede compararse por su extensión con los grandes hoteles de Nueva York y algunos de París, es notable por su elegancia y su belleza arquitectónica. La entrada principal forma una hermosa fachada, que mira hacia el mar, teniendo delante la amplia vía de Santa Lucía, de que hablaremos después, á un lado el *Arsenal* y al otro el malecón de *Chiatamone*, que va á unirse á la *Villa Nacionale* que es uno de los más hermosos paseos públicos de Europa. El cuerpo del edificio se compone de tres pisos, con amplias y cómodas habitaciones y otros tantos corredores ó pasillos, que circundan lo que debía ser patio del hotel, y es un hermoso salón comedor, de estilo morisco, semejante á un teatro, al cual sirven como de tazos.

Una los mismos pasillos que conducen á de descr ciones y que son ocupados á la homiento, cu por músicos y cantantes, que

deleitan los oídos de los viajeros mientras dura la comida. Satisfechos y contentos del albergue que habíamos encontrado, y destinados nuestros primeros momentos al aseo de nuestra persona para asistir á la mesa, á donde éramos llamados por el estrepitoso sonido de una campana chinesca al estilo de los Estados Unidos, salimos, después de comer, á recorrer las calles más cercanas. Un *cicerone* que nos declaró presa suya, desde que bajamos del carruaje en la puerta del hotel, y del cual no pudimos deshacernos sino hasta el siguiente día, y eso con no poca dificultad, se encargó de guiarnos por aquel camino, en verdad nada difícil de seguir, y de indicarnos lo más notable que encontráseinos á nuestro paso.

La playa de Santa Lucía comparte con la *Riviera di Chiaja* el privilegio de dar albergue á los numerosos extranjeros que visitan la ciudad de Nápoles, principalmente en la estación del invierno. Multitud de hoteles que rivalizan entre sí en elegancia y comodidad, pueblan uno y otro lugar; pero con esta diferencia: la *Riviera di Chiaja* que se encuentra á la extremidad Occidental de la ciudad, y que es sobre manera agradable por las hermosas perspectivas que desde ella se disfrutan, teniendo al frente la *Villa Nacionale*, es preferida por la gente rica

especialmente por los ingleses, que tienen la intención de residir toda la temporada en Nápoles, mientras que Santa Lucía, por estar más cerca del centro y ser los hoteles de menos lujo, es el lugar donde por lo común se hospedan los comerciantes y demás hombres de negocios.

Salimos, pues, aquella primera noche, á dar un vistazo á la ciudad, y tomando, como era natural, la dirección que más rectamente debía conducirnos al centro, tuvimos ocasión de admirar el espacioso y hermoso malecón de Santa Lucía, calle en otro tiempo muy sucia, habitada por pescadores, pero convertida desde el año 1846 en un espacioso muelle, en cuyo parapeto, del lado de la playa, ostentan los vendedores napolitanos sus variadas y curiosas mercancías: así las ostras, cangrejos, langostas y demás comestibles que ellos llaman con harta propiedad *frutti di mare*, como los objetos más curiosos y artísticamente trabajados de concha, carey, coral, y algunos también de paja, que pueden competir con los de la misma clase que se fabrican en Florencia. Entre ellos se encuentran también no pocos *aguajoli*, ó vendedores de aguas frescas. Un paseo por aquel lugar, es uno de los entretenimientos más agradables para el viajero. Llegando á una fuente formada por

una elegante portada, debajo de la cual se halla colocada sobre un plinto de mármol una estatua de Neptuno, hay que tomar á mano izquierda la *Strada del Gigante*, que debe probablemente su nombre á dicha estatua, y que conduce en línea recta á la plaza del Plobiscito, en otro tiempo *Largo del Palazzo* (1) La vista es sorprendente, sobre todo para el que, como nosotros, visita por primera vez una ciudad europea. La plaza de que hablamos, si no iguala en magnificencia á otras plazas célebres de Europa, como la de la Concordia de París, no carece de belleza. El pórtico circular que forma uno de sus lados, y en el centro de el cual se levanta la iglesia de San Francisco de Paula, de construcción moderna, las dos estatuas ecuestres que la adornan, una de Carlos III, de Cánova, y la otra de Fernando I, así como la preciosa fuente que ocupa el centro, concluída en 1883, le dan un aspecto de majestad y elegancia que sorprende al que por primera vez la visita, principalmente en la noche, alumbrada por los hermosos focos de la luz eléctrica. El otro lado de la plaza está formado por el Palacio Real, magnífico edificio de grandes proporciones, y en el ángulo septentrional tiene

(1) La palabra *largo*, se traduce plaza.

principio la famosa calle de Toledo, hoy de Roma, en cuya primera esquina se encuentra el célebre café de Europa, de que nos habla Alarcón en sus viajes, punto de reunión de todos los viajeros ilustres, y tan afamado por las discusiones políticas que en él suelen entablarse, como por los renombrados helados y sorbetes de reputación universal.

Recorrimos á la ligera toda la plaza, entramos á un café cantante, donde escuchamos por primera vez una de esas preciosas bacarolas, cantadas por los marineros; dando un rápido paseo por la calle de Toledo y de San Carlos, entrevimos los jardines del Palacio Real á través de las magníficas rejas de hierro dorado que lo circundan, y nos volvimos á la media noche á nuestro albergue, á descansar de las fatigas de un día tan lleno de emociones.—La ciudad ofrecía todavía á aquella hora escenas llenas de animación y de vida: músicas y cantos por todas partes, los tranvías en continuo movimiento y todo el estrépito y el bullicio de una populosa ciudad meridional, donde los ardores del día son compensados con las frescas y suaves brisas de la noche. Un aire tibio y embalsamado soplaba de la parte del norte, veíanse á intervalos brillar como relámpagos las llamas del Vesubio, y se

oía el suave rumor de las ondas que se mecían á nuestros pies, divisándose en la bahía las movibles luces de los buques anclados en la bahía, y otras más pequeñas ó más lejanas que parecían perderse allá á lo lejos en la profundidad del horizonte, acusando la presencia de alguna nave pescadora. Todo era poesía y encanto para nuestros sentidos embriagados. Al llegar á nuestro hotel recordamos los siguientes versos de un poeta español, que sin quererlo se venían á nuestra memoria.

Las parras de uvas cargadas
chispean; sonrié el cielo;
rosas alfombran el suelo
sobre las piedras doradas;
todo respira vigor;
todo reboza alegría:
es un lujo, es una orgía
de aire, de luz y color.
Las damas al despertar,
tienen jardines por mantos,
y suenan danzas y cantos
en la tierra y en el mar.
Vierte zumo embriagador
el relucido sarmiento
¡qué orgía, qué movimiento
de aire, de luz y color!
Allá una barca velera
se va acercando á la playa

como paloma que ensaya,
su vuelo por vez primera;
aquí un talle encantador
á los ojos desafía;
todo en torno es una orgía
de aire, de luz y color.
El pueblo dicha completa
gozando, sin ambiciones
entona alegres canciones
al són de la pandereta.
De noche rojo fulgor
al cielo el volcán envía,
no cesa jamás la orgía
de aire, de luz y color.

El despertar de un nuevo día en una ciudad desconocida, proporciona siempre agradables medios de satisfacer la curiosidad. Por más que una mujer célebre, Madame Stael, haya dicho en un momento de mal humor, que los viajes no son otra cosa sino una agitación sin dignidad, lo cierto es que la variedad y novedad de los objetos que se presentan á la vista, el ahinco de ver con nuestros propios ojos lo que tal vez durante muchos años ha dado alimento á nuestra imaginación, el anhelo de disfrutar de los placeres que otros han disfrutado antes que nosotros, describiéndolos con más ó menos viveza en la relación de sus viajes, y aún el amor propio satisfecho de haber ensancha-

do la esfera de nuestros conocimientos, recorriendo nuevas comarcas, respirando nuevo ambiente y contemplando las bellezas naturales ó artísticas que otros climas y otras ciudades pueden ofrecernos, son otros tantos motivos de placer y satisfacción para el viajero.

Todo ello contribuyó á hacer para nosotros sobre manera agradables las primeras horas del día que siguió al de nuestra llegada á Nápoles. El alboroto natural en tales casos nos hizo despertar muy de mañana, y abriendo las ventanas de nuestro cuarto volvimos á contemplar de nuevo, llenos de entusiasmo, aquella hermosa bahía, poblada de numerosos buques, surcada por multitud de naves pescadoras, alumbrada por un sol radiante y embellecida por los grupos de islas encantadoras, que cubiertas de verdura, semejan otras tantas canastillas de flores, colocadas sobre una superficie azulada, tersa y brillante como un espejo.

La brevedad de nuestro viaje no nos permitía perder el tiempo. Acompañados de nuestro *cicerone*, á quien conservamos durante todo el día, salimos apresuradamente del hotel, para visitar los monumentos más notables de la ciudad.

Nápoles, que desde el punto de vista artístico es inferior á Florencia y á otras ciuda-

des de la Península, es, no obstante, en cuanto á su población, la primera entre las ciudades italianas. Como todas las grandes capitales de Europa, ofrece á la consideración del estadista este doble fenómeno: un aumento siempre creciente en el número de sus habitantes, y un mejoramiento notable en las condiciones higiénicas y en el embellecimiento de la ciudad. Lo primero puede ser un mal, porque demuestra el abandono lento, pero sensible de las ocupaciones agrícolas y de las costumbres sencillas de la vida del campo; lo segundo, es una prueba palpable de los progresos de la civilización.

Nápoles, como todas las capitales europeas, ha aumentado considerablemente su población durante este siglo. En 1830, su censo era de 350,000 habitantes; 15 años después contaba 400,000; y en la actualidad llega á medio millón.

Barrios como el de Santa Lucía, que antes eran citados por los viajeros como un foco de suciedad y de inmundicia, son hoy hermosas y amplias avenidas donde se han levantado magníficos hoteles y bellos edificios. *La Villa Nazzionale*, el más hermoso y aristocrático paseo de la ciudad, aunque data de 1880, ha recibido en años posteriores considerable aumento. Situado antes á la orilla del mar, hoy se halla separado de

él por un amplio malecón. Hánse derribado manzanas enteras de casas para alinear las calles y construir nuevos edificios; el corso *Vittorio Emmanuele*, que es una basta avenida de cuatro kilómetros de longitud, que partiendo de la ribera de *Chiaja* se eleva por la colina y rodea la base del castillo de San Telmo hasta descender en la calle de *Salvator Rosa* [antiguamente de la *Infrascata]* será, cuando esté concluído, uno de los más famosos paseos de Europa. Por las magníficas perspectivas que presenta, y su situación en una altura, dominando el mar, si no por la magnificencia de sus edificios, será superior á los celebrados *boulevards* de París.

A esto hay que agregar las grandiosas obras llevadas á cabo en *Capo di Monti* para abastecer de agua á la ciudad, y una galería que según hemos sabido, se ha construído últimamente, comparable por su grandeza y magnificencia, á la famosa galería (pasaje) *Vittorio Emmanuele*, en Milán, incomparablemente más hermosa que las de la capital de Francia, y sólo inferior, según se dice, á una semejante que hay en Viena.

Todo esto revela un lujo y un afán de mejoramiento material que constituye una emulación, una especie de rivalidad entre las ciudades europeas. Cada Municipio, se

afana en mejorar las condiciones higiénicas de las ciudades que administra, en adornar y embellecer sus paseos, en ensanchar las vías de comunicación, en enriquecer sus mercados y en dotar de nuevos y más amplios edificios, los establecimientos de benificencia pública que tiene á su cuidado. Son verdaderamente fabulosas las sumas de dinero que para atender á estos diversos objetos salen todos los años de las arcas municipales.

Entretenidos en estas reflecciones nos dirigimos á visitar los edificios más notables así civiles como religiosos, de la ciudad de Nápoles. Subiendo por la antigua calle de Toledo, y notable por la riqueza y variedad de los establecimientos de comercio que en ella se encuentran y el incesante movimiento que en ella se advierte, aunque poco merecedora de su fama, por su estrechez y escasa amplitud, tomando desde la plaza del Dante la calle de los Tribunales, llegamos á la del *Duomo* donde está situada la catedral.

La circunstancia casual de celebrarse en aquel día una de las tres fiestas que se verifican en el año con motivo de la liquefacción de la sangre de San Genaro, patrono de la Catedral y de la Ciudad de Nápoles,

no nos permitió, por el gran concurso de gente que en ella había, visitar esta iglesia, con la comodidad y sosiego que hubiéramos deseado. En los momentos en que llegábamos á sus puertas atravesaba la ancha nave del centro para dirigirse á la capilla del Santo, comunmente llamada del *Tesoro*, el Sr. Arzobispo y Cardenal Monseñor San Felice, con todo su séquito oficial. Era este personaje el primer Príncipe de la Iglesia Romana que se presentaba á nuestra vista, con sus rojas vestiduras y las insignias de su alta dignidad.

Dirigiéndose toda la gente á la Capilla en la cual no pudimos penetrar, tuvimos ya ocasión de recorrer la Iglesia. Es este un edificio levantado por Carlos de Anjou sobre el lugar que ocupaba en la antlgüedad un templo consagrado á Neptuno. Aunque destruído y restaurado en tiempos posteriores, conserva su estilo primitivo, que es gótico francés, con altas torres y bóvedas en ojiva. Tiene tres naves, la del centro con techos adornados de antiguas pinturas, y las de los lados, de bóvedas ojivales. Llamónos particularmente la atención, la disposición común á todas las Iglesias de Italia, las cuales delante del altar mayor tienen una especie de capilla destinada á contener las reliquias del santo patrono, á la

cual se baja por peldaños de mármol, y está de ordinario adornada con notable magnificencia. Esto es lo que se llama la *Confesión* y en la de Nápoles, que guarda en riquísima urna el sepulcro de San Genaro, circundado de pilares de mármoles esculpidos y con puertas de bronce doradas, se encuentra una estatua de tamaño natural que representa, orando ante las reliquias del santo, al cardenal Oliverio Caraffa que hizo construir esta capilla de 1492 á 1506. Un monaguillo que hacía de *cicerone*, oficio común á todos los italianos, se empeñó en hacernos admirar todas sus bellezas, especialmente la estatua, la cual nos aseguró que era obra de Miguel Angel. (1)

Después de la capilla del Tesoro, que como hemos dicho, no pudimos visitar, una de las cosas más notables es la capilla *Minutoli*, la cual se supone que es algunos siglos anteriores á la catedral, pues se asegura que su fundación, que data del siglo VIII, se debe á Esteban Layant, Duque y Obispo de Nápoles. Un sacerdote que tiene á su cuidado este monumento notable por su antigüedad, se encarga de dar á los visitantes las explicaciones necesarias, ampliando de viva voz, las que contiene un cuaderno

(1) No hemos encontrado comprobada esta noticia en ninguna parte.

impreso, que allí se vende, con el título de «Noticias históricas y artísticas de la Capilla Minutoli, de la Catedral de Nápoles.» Realmente es muy curioso este edificio desde el punto de vista del arte, pues además de los preciosos sepulcros que contiene, se muestran en sus muros algunas pinturas atribuídas á Giotto.

Al salir de la iglesia para visitar otros lugares tuvimos ocasión de observar la multitud de edificios religiosos que se encuentran en esta parte de la ciudad, así como las columnas, coronadas con las estatuas de algún santo, que adornan las plazas y plazuelas, advirtiéndose por todas partes señales visibles de la influencia que el culto católico ha ejercido durante siglos en este pueblo de viva imaginación y pasiones ardientes, heredero, hasta cierto punto, de las virtudes y de los vicios de los griegos. Cuaéntanse en la ciudad 237 iglesias y 57 capillas, llamadas *seratinas*. (1)

[1] De "será» tarde ó noche; son las capillas ú oratorios donde se reunen de noche á ciertos ejercicios piadosos los pescadores y la gente del pueblo. Habiéndonos tocado en suerte visitar Nápoles en el mes de Mayo, uno de nuestros más gratos y poéticos recuerdos es el de la visita que hacíamos durante las primeras horas de la noche á las capillas de pescadores, que se encuentran en la calle de Santa Lucía, á orillas del mar. Allí veíamos á las mujeres de los pescadores arrodilladas ante el altar de María, adornado de flores, entonando dulcísimas canciones. En el punto de vista de las costumbres populares y de la observación de las costumbres, estas visitas nos fueron sumamente agradables y provechosas.

La historia de Nápoles está escrita en sus monumentos religiosos. Desde la Catedral, levantada, como hemos dicho, sobre las ruinas de un templo de Apolo, y en cuya entrada principal se encuentran los sepulcros de Carlos I de Anjou y de otros personas célebres hasta *San Domenico Maggiore* donde se miran, no sin cierto pavor cuarenta y cinco urnas cubiertas de paños negros, colocadas sobre una pared en la sacristía, las cuales contienen los restos de los miembros de la familia de Aragón y de otros personajes célebres, entre ellos el famoso Marqués de Pescara, general del Emperador Carlos V, á quien se dice que se debió la gran victoria de Pavía; por todas partes se encuentran monumentos y sepulcros que recuerdan la sucesiva dominación que sobre este hermoso país ejercieron los monarcas extranjeros. Nombres de extraña pronunciación traen á la memoria otros tiempos y otras épocas en que esta poética comarca de Italia se vió disputada, como una presa, por los que no nacieron en ella, no quedando á los naturales otro derecho que el de elegir entre varias servidumbres. Hoy duermen en paz, á la sombra de las obscuras bóvedas de aquellos antiguos y venerables templos, los príncipes de la casa de Anjou, y los de la casa de Aragón, sucesivos dominadores de aquel reino. A la entrada de la sacristía de la Catedral se muestra la tumba de Andrés, Rey de Hungría, muerto el año de 1345 por Juana su mujer. ¿Qué queda hoy de tantas y tan vehementes pasiones? La ambición desenfrenada de aquellos personajes, las luchas encarnizadas que costaron la vida á tantos hombres, las hondas perturbaciones que mantuvieron en continua agitación al mundo....todo ha pasado, y sólo quedan tumbas mutiladas ante las cuales medita tristemente el viajero, deplorando la vanidad de las glorias humanas.

De estas tristes reflecciones hubo de sacarnos un espectáculo que no esperábamos encontrar en una de las más populosas ciudades del Nuevo Reino de Italia. Creíamos que allá, como aquí, estuvieran prohibidos los actos públicos del culto externo. Pero no es así. A lo menos en Nápoles, nos encontramos con una procesión que tenía por objeto llevar el Sagrado Viático á los enfermos. Lo pintoresco de los trajes de los jóvenes seminaristas que lo acompañaban, la multitud de flores que regaban al paso los niños que iban delante, y las gratas armonías de la música, nos causaron una impresión agradable. Descendimos del carruaje que ocupábamos y acompañamos un buen

trecho la procesión para observar de cerca las costumbres religiosas de aquel pueblo. En obsequio de la verdad debemos decir, que si el espectáculo era serio é imponente como lo son todos los que la religión ofrece, no observamos el respeto que hubiérámos deseado entre la multitud de transeuntes, quienes á penas si detenían su paso y se tocaban distraídamente el sombrero, ó lo conservaban puesto, sin dar muestras de fijar su atención en lo que delante de ellos pasaba.

En la mañana de este día visitamos algunas otras iglesias, todas situadas en el mismo rumbo, algunas de ellas muy notables, como la de Santa Clara que contiene el magnífico mausoleo de Roberto el Sabio, varios sepulcros góticos de los reyes normandos y pinturas de mérito, anteriores al Rnacimiento; la de Santo Domingo, enriquecida con los recuerdos de Santo Tomás de Aquino que habitó en su convento; las de San Felipe Neri y los Jesuítas, afamadas por la riqueza de su ornamentación; viniendo á terminar nuestra excursión de la mañana en la pequeña capilla de *Santa María de la Pietá de'Sangri*, anexa al Palacio de San Severo, por lo que se conoce también con este nombre. Los napolitanos tienen en grande estima esta capilla, por cuyas tres principales estatuas aseguran que se han ofrecido canti-

dades considerables; pero los críticos, sin desconocer la habilidad técnica mostrada en éstas y las demás estatuas que la adornan, tachan su estilo de *barroco* por haber cuidado más los artistas que las ejecutaron de presentar grandes dificultades vencidas, que de la belleza estética. Una de ellas representa á un hombre envuelto en una red, de la cual no puede desenredarse, y dicen que simboliza al vicio convencido, y la otra llamada del *Pudor* representa á una mujer cubriendo la desnudez de su cuerpo con un gran lienzo que lo envuelve completamente. Se dice que la primera hace alusión á Antonio de Sangri, Príncipe de San Severo que renunció al mundo y vistió el hábito monacal después de haber perdido á su esposa, y la segunda, á ésta misma señora llamada Cecilia Gaetani. En el altar mayor hay un magnífico descendimiento de mármol, en alto relieve, y un Cristo amortajado, de la misma piedra, tenido en mucha estimación. Sobre la puerta de entrada, notamos un pequeño monumento que no hemos visto citado en ninguna descripción, y á cerca del cual sentimos no haber tomado nota, por lo curioso de la tradición que con relación á él nos refirieron en aquel lugar. Es un guerrero armado que abriendo la tapa de su ataud, parece acometer á otro personaje que se encuen-